

gando dos lágrimas que le arrancó, no la idea de su sacrificio, sino la sequedad con que su marido se había expresado.

—Yo no exijo eso de usted; únicamente la ruego que tenga más moderación, y que vaya usted siempre con su madre, puesto que yo desconfío justamente de mí mismo.

—¡No, no volveré nunca más! repitió la señora de Rias con profundo abatimiento.

—Piense usted en ello, querida mía, y todo lo que haga usted estará bien hecho... Buenas noches... Perdóneme usted ó, más bien, compadézcame, pues ya sabe usted que las ananas me repugnan...

Después de besarla los cabellos, se retiró.

Precisa confesar que se retiró muy satisfecho de sí mismo. Merced á una habilísima combinación hizo de su desliz una arma, y, no solamente se había librado sin grave esfuerzo de una situación difícil, sino que obtuvo ventajas. Por una parte había recobrado su libertad alegando los pretextos más dignos, y por otra se congratulaba de que, reduciendo continuamente el campo de acción de la señora de Rias, lograría aficionarla á su hogar, del cual sería eje y motor único; que tal debe ser el tipo ideal sublime de la esposa perfecta.



VIII

Al día siguiente, la señora de Rias se vistió con severa sencillez y no salió á la calle. Estuvo ejecutando ejercicios de piano y comenzó un trabajo de bordado. Por la tarde recibió la visita de la duquesa Sabina de Estreny, que llegó más lánguida que de costumbre, lo que no era extraño si estaba en ayunas desde la víspera. Las dos primas se abrazaron y besaron como de costumbre, después de lo cual la señora de Rias continuó trabajando con ahinco inusitado. La duquesa la observaba con ojos inquietos. La conversación abundó al principio en lugares comunes, después decayó completamente y el silencio solo era interrumpido por los chisporroteos del fuego y los suspiros de la duquesa.

—¿Estás enferma? preguntó secamente la señora de Rias sin levantar los ojos de su labor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no haces más que suspirar.

—Sí.. estoy algo enferma... y también tengo deseos de llorar...

—¿Por qué tienes ganas de llorar?

—¡Qué quieres!... ¡Siempre lo mismo!

—¿Qué?

—¡Soy tan desgraciada con mi marido, que!...

—¿Que creías ser más feliz con el mío? dijo la señora de Rias levantando bruscamente la cabeza y mirando á la duquesa frente á frente.

La duquesa de Estreny, después de algunos momentos de confusión, se arrodilló á los pies de su prima y, como abismada en la amplitud de sus faldas, prorrumpió á llorar.

—¡Qué pensarás de mí! murmuraba.

—Que no eres buena amiga... ¿qué quieres que piense?...

—Te aseguro que sí, te lo aseguro... ¡Fué un rapto de locura!... Estaba celosa de tí, de tu felicidad... ¡Pero he quedado tan castigada, tan humillada!... ¡Tampoco tu marido me quiere!...

—¿Supongo que no crearás que voy á consolarte?

—Puedes vivir contenta... No quiere á nadie más que á tí.

—Pero de eso tú no tienes la culpa... ¿verdad?... Ea, levántate, Sabina... Ya te he dicho lo que pensaba, y no hablemos más de esto...

—¿Te he hecho mucho daño, Maria? dijo la duquesa cuyas lágrimas redoblaron.

—¡Mucho! repuso la joven que también empezaba á enternecerse.

—¡Pobre niña!

—¡Tenía tan ciega confianza en tí! exclamó la señora de Rias con voz sofocada.

—¡Dios mío, Dios mío! sollozaba la duquesa.

La escena terminó con un ruido confuso de lágrimas y besos.

Cuando el señor Rias regresó á su casa por la noche, encontró á su mujer bordando con afán.

—¡Cielos, querida mía! exclamó. ¿No me engañan mis ojos?... ¿Que está usted haciendo?

—Estoy bordando un cuello para mi madre.

—¡Ah!... ¿Es un cuello para su madre?... Es muy bonito... Hace usted muy bien estas cosas; yo no sabía que atesoraba usted esa habilidad... ¡Y qué adelantado está!... ¿Ha estado usted trabajando todo el día?...

—Todo el día.

—¿Cómo... no ha salido usted?

—No.

—¿No ha ido usted al Petit-Saint-Thomas?

—No.

—¿Ni al Trois-Quartier, ni al Louvre?

—Tampoco.

—¿Ni á casa de Guerre?

—No.

—¡Pero esto es que el mundo se acaba! exclamó Lionel recompensando á su mujercita con un beso que la pareció exquisito. No es preciso que se encierre usted, querida niña... Tiene usted que salir, aunque solo sea á respirar el aire un poco...

¿De modo que ha estado usted solita desde esta mañana?

—No, ha venido la duquesa, dijo la señora de Rias con aire indiferente.

—¿Ah... ha venido la duquesa?... ¡Hola, cuénteme usted!... ¿Cómo se han separado ustedes?

—Muy bien, como siempre...

—¡Ah, qué mujercita de tanto talento! repuso Lionel volviendo á besarla.

—Las dos hemos llorado un poco; eso fué todo.

—¡Es claro!... era de rúbrica.

Desde entonces la señora de Rias, sin imponerse diariamente una reclusión tan austera, continuó demostrando un laudable propósito de reformar las costumbres de su vida. No volvió á salir de noche, únicamente asistió á ciertas reuniones modestas de familia á donde acudía vestida sencillamente. A los que se maravillaban de aquel retraimiento solía decirles la señora de Fitz-Gerald:

—¡Qué quieren ustedes!... Mi hija se encuentra tan bien en su casa que nunca sale de allí. ¡Como mi yerno es tan instruido y tan galante!... ¡Es un hombre de recursos inagotables!...

Por grandes que fuesen los recursos del señor Rias, era difícil que distrajesen las inacabables soledades de su mujer. Sus quehaceres y sus distracciones particulares solo le permitían estar en su casa durante raros intervalos; y por la noche, después de cenar, acompañaba á su mujer algunos momentos durante los cuales María ejecutaba en el piano uno ó dos valeses, y luego se marchaba á trabajar ó á corretear por París. Algunas veces la

llevaba al teatro, pero generalmente la dejaba abandonada á sus propios recursos, imaginando, sin duda, que tenía tantos como él. Lo cierto fué que su intimidad, no estando robustecida por ningún lazo moral común, era difícil. La conversación declinaba rápidamente entre ambos. Apesar de su claro entendimiento, la señora de Rias tenía, acerca de todas las materias, esa notable ignorancia peculiar de las francesas jóvenes, y en cuestiones de arte, de literatura, de historia y de política, solo poseía esas nociones leves y confusas que una parisina aprende en la calle. A veces ocurre que con el tiempo esos conceptos se extienden y clasifican en el cerebro de alguna mujer inteligente, y la prestan, estén bien ó mal interpretadas, un fondo de instrucción que la permite conversar sin tropiezos de cualquier asunto: pero en la señora de Rias tales nociones no se habían precisado aún, y su alocada ignorancia, que tanto agradó á Lionel en los albores de su matrimonio y de su amor, estaba ya muy lejos de divertirle. Un día la joven le vió entrar muy preocupado.

—¡Querida niña! exclamó bruscamente; ¿se ha propuesto usted ridiculizarme?

—¿Por qué, amigo mío?

—¡Porque le está usted diciendo á todo el mundo que estoy escribiendo una historia de la diplomacia francesa... en el siglo VIII!...

—Yo creía... usted me lo ha dicho...

—Yo no he dicho nunca semejante tontería. ¿Qué diplomacia francesa quiere usted que hubiese en el siglo VIII?... ¡Antes de Carlomagno!... ¡Qué desati-

no!... ¡Cuando se confunde el siglo VIII con el siglo XVIII, se habla de trapos, no de historia!...

—Perdóneme usted, amigo mío, dijo la joven aterrorizada; pero en fin, el ridículo, si ridículo hay, es para mí.

—Es para los dos, querida.

El gabinete de la señora de Rias fué teatro varias veces de pequeñas escenas semejantes, y los gestos de fastidio que la joven no siempre lograba reprimir, los bostezos, las nostalgias y las lágrimas furtivas, exasperaban á su marido.

—Es inaudito, decía, que las mujeres no sepan divertirse en su casa... Necesitan estar en la calle... Pero, Dios mío ¿qué hacían antiguamente las mujeres cuando no existía aún lo que ahora llamamos sociedad? En Roma, por ejemplo, una señora honrada no divertía los días en recorrer tiendas y paseos, ni las noches en bailes, sino que vivía pacíficamente y educaba á sus hijos... ¡y era feliz!... Yo no exijo tanto de usted, puesto que tiene medios de distraerse... Usted tiene sus hijos, su casa, sus flores, su aguja, su piano, libros... en fin, cuanto puede necesitar... ¡Tiene usted también deberes religiosos que cumplir! ¡Y lamento que apesar de todo eso se aburra usted mortalmente!...

Cuando volvía por la noche solía encontrarla dormida sobre su labor ó sobre algún periódico; algunas veces la sorprendió en misteriosas conferencias con su madre y comprendió que las dos habían llorado. Su orgullo sufría y quizá, también su corazón.

—Querida niña, dijo Lionel un día: no me agradan las trazas de víctima que tiene usted y que su madre parece aprobar... No soy un carcelero... Si usted permanece todas las noches en casa lamentándose, es porque usted quiere, pues sabe perfectamente que la he autorizado para salir con su madre á donde tenga por conveniente... Vaya usted, pues... Alguna que otra vez iré á buscarla, cuando salga del Circulo...

La joven, que apenas podía continuar prolongando su heroica resignación, y que había oído sin conmoverse los argumentos sacados de la historia romana, aprovechó gustosa el permiso, y saliendo de sus vestidos caseros cual una mariposuela de su crisálida, reapareció triunfalmente en el mundo, como en su elemento natural, abismándose en él más y más con el inocente é irreflexivo arrebatado de su edad.



IX

En honor de la verdad debe decirse que el señor Rías era entonces mucho más desgraciado que su mujer. Mientras ella se distraía con el esplendor de su juventud y los halagos y galanteos de sus admiradores, Lionel pensaba tristemente en sus ilusiones marchitas, y vela con inenarrable pesadumbre cómo se desvanecían sus ensueños y el destino miserable y vulgar de su vida.

Una noche de Enero, después de haber estado paseando por los *boulevares* absorto en sus sombríos pensamientos, entró maquinalmente en un teatro próximo que, por aquel entonces, estaba concurridísimo. Aquella multitud acudía á festejar á una joven actriz llamada Juana Sylva, recién

llegada de Rusia con una grande y merecida reputación de belleza y de talento. Cuando algunos años antes había salido la señorita Sylva de París para San Petersburgo, no era más que una coristilla de tercer orden: se fué en estado de simple nebulosa y volvía convertida en una estrella de primera magnitud, y el público parisino confirmaba diariamente, con sus aplausos, la legitimidad de aquel rápido ascenso. Lionel, que no había visto aún á la señorita Sylva, pero que había oído hablar mucho de ella en su Círculo, se admiró al reconocer en ella á una figuranta anónima que en otros tiempos había conocido entre los bastidores de algunos teatruchos y de la que apenas se acordaba. Encontró, como todo el mundo, su brillante metamorfosis, y creyó oportuno ir á felicitarla en un entreacto.

Hemos oído asegurar muchas veces á los profanos, que el encanto de las actrices se desvanece entre bastidores, en donde pueden comprobarse desde cerca los artificiosos procedimientos de que se valen, como Jézabel, para embadurnarse y embellecerse el rostro. A nuestro juicio esta opinión es errónea, y si los hechizos de las actrices se pierden en alguna parte, cosa muy posible, no es, seguramente, entre bastidores, en donde se ofrecen con todo su extraño y fascinador poderío. El blanco, el rojo, el negro, el azul que emplean para exaltar su hermosura según los preceptos de la perspectiva teatral, imprime en ellas, fuera del escenario, un aspecto suigéneris y algo sobrenatural, que las hace aparecer como fantasmas seduc-

tores. Además, toda la alquimia que emplean tiene la ventaja de oler muy bien y de envolverlas en una atmósfera almizclada que emborracha. Por tanto, no aconsejaríamos á las madres de familia que enviasen sus hijos á los bastidores para descantarles de los amores de teatro, porque la prueba daría un resultado diametralmente opuesto al apetecido.

Lionel encontró á la señorita Sylva envuelta en los resplandores de apoteosis que arrojan detrás del escenario los mecheros deslumbradores del gas; estaba de pié, recibiendo con agrado y sonrisas de reina el homenaje de un grupo de adoradores con corbata blanca. El señor Rías esperaba á que algunos de los visitantes se marchase para acercarse, á su vez, á cumplimentarla; cuando advirtió que las miradas de la joven se fijaban repentinamente en él, y que una expresión grave, extraordinaria, desfiguraba su rostro sonriente; ella permaneció algunos momentos inmóvil y muda; luego, atravesando el grupo que la rodeaba, se acercó á Lionel y le tocó en el brazo con su mano enguantada.

—¡Ya está usted aquí! dijo.

—¿Me dispensa usted el honor de reconocerme, señorita? repuso Lionel dominando su viva emoción.

—¡Naturalmente! contestó ella riendo y contestando á algún pensamiento íntimo.

Después, volviendo á ponerse seria y mirándole fijamente con sus grandes ojos de pintadas pestañas:

—¡Al fin está usted aquí! exclamó lanzando un prolongado suspiro; ¡necesario es confesar que la vida tiene momentos venturosos!

Y agregó después de una pausa:

—¿Verdad que no me comprende usted?

—Permitame usted, señorita... ¿Está usted segura de no equivocarse?...

—No, señor Rias, se lo aseguro á usted, repuso Sylva con una inflexión de voz de exquisita dulzura; pero, dígame francamente, ¿cómo me encuentra usted?

—Guapísima.

Sylva tuvo un gesto impaciente.

—Sí, dijo; ¿pero cree usted que tengo talento?

—Muchísimo... es usted una artista excelente... ha logrado usted conmovirme...

—Pues sí, le reitero á usted lo dicho, contestó; ¡hay en la vida días muy felices!... Hasta otro rato, señor Rias.

—Pero, en fin, señorita, dijo Lionel; no se vaya usted así, sin explicarme... Media entre nosotros un misterio, un enigma... que ignoro... ¿No puedo conocer el secreto?

—¿Lo desea usted? preguntó Sylva inclinando su bonita cabeza.

—Muchísimo.

—No lo sé, fijamente... ¿Usted se casó, no es cierto?...

El señor de Rias asintió lijeramente y con gravedad.

—Entonces, dijo ella, como usted está casado y yo soy una vieja, (tenía veintiocho años) podemos

hablar de este episodio juvenil como un cuento de niños, y realmente no es otra cosa. Con que, siéntese usted.

Le hizo sentar junto á ella, sobre un banco rústico colocado en un rincón.

—Señor Rias, prosiguió la joven; ¿recuerda usted haber visto entre estos mismos bastidores, cinco años ha, una mozueta que se llamaba Juana, á secas?...

—Lo recuerdo perfectamente.

—Imperfectamente, debería usted decir; pero, es igual... Yo entonces carecía de talento y de belleza; pero tenía un corazón muy sensible, muy apasionado, muy ambicioso... Usted solía venir por aquí á coquetear con las actrices ilustres, y me parecía usted un hombre... ¿cómo decirlo?... No muy guapo, pero sí simpático y distinguido sobre todo encomio... ¡A Dios gracias ahora tengo un dedo de blanquete sobre las mejillas!... Yo no me atreví á quererle á usted, sino á admirarle... No era nada y, no obstante, me parecía que si usted me dijese una frase de simpatía ó de felicitación, adquiriría arrestos de leona y llegaría á sobresalir. Una noche quise llamarle á usted la atención, y cuando pasaba usted junto á mí para felicitar á la primera actriz á quien, dicho sea entre paréntesis, yo odiaba cordialmente... ¡pobre mujer, ya se lo he perdonado todo!... Pues bien, entonces dejé caer al suelo una flor de mi ramo... recuerdo que era un ramito de lilas blancas... Aquello fué un pretexto para entablar conversación... Pero usted puso tranquilamente una de sus botas sobre mi

florequilla... y advirtiendo un gesto doloroso que contrajo mi rostro, dijo usted: «Perdón, querida niña...» y siguió usted en busca de sus amores... Entonces yo vine á refugiarme en este mismo rincón en que ahora estamos y lloré copiosamente...

Cuando la señorita llegaba á este punto de su relación, un avisador vino á decirla respetuosamente que iba á llegar el momento de salir á escena.

—¡Ay, Dios mío! exclamó ella levantándose bruscamente; ya no me acordaba...

Arregló apresuradamente sus faldas, se apartó la cola con el alto tacón de sus botas, compuso su rostro y aspirando el aire como un potro de pura sangre antes de lanzarse á correr, se precipitó hacia el escenario. Era un final de acto en el que representaba una escena corta pero muy dramática. Lionel oyó confusamente su voz armoniosa vibrar en un silencio tan solemne que hubiérase creído que la sala estaba vacía; luego resonó un grito desgarrador, que arrancó prolongadas aclamaciones y aplausos frenéticos. Después de presentarse dos ó tres veces delante del público entusiasmado, la joven actriz, mareada y anhelante, con los ojos chispeantes y los labios entreabiertos, estrechó las dos manos que Lionel la tendía.

—¡Este triunfo se lo debo á usted! dijo.

Después añadió dejándose caer junto á él, sobre el banco:

—No recuerdo bien en lo que estábamos, pero fuerza es resumir porque he de cambiar de traje

en el entreacto... Con que, en dos palabras: rebotando despecho y dolor me fui á Rusia, jurándome enterrar allí mis pobres huesos entre la nieve ó volver coronada de gloria... y, fíjese usted en la extraña tenacidad de esos ensueños infantiles... En Rusia he disfrutado de grandes alegrías, y aquí también, pues en todas partes me agasajan... Y, sin embargo, nunca he sido tan feliz como hace un momento, cuando le ví entrar á usted... ¡Oh!... Entonces mi regocijo fué completo... ¡Con que, hasta luego!

Se había levantado, alargándole la mano.

—¿Volveré á verle?

—Realmente, no lo sé, repuso Lionel; hemos pasado un rato delicioso. ¿No cree usted que cualquiera insinuación realista quebraría el encanto?

—Es posible, repuso la joven dulcemente; ¡como usted quiera!

Y desapareció por un corredor.

El señor Rias salió del teatro y se dirigió hacia su hotel, poseído de violentísima agitación. Estaba muy lejos de ser insensible á los hechizos de aquella aventura que se ofrecía tan espontáneamente. Sus añejas esperanzas de bienestar legítimo y doméstico estaban reducidas á recuerdos amargos. ¿Cómo rehuir, pués, aquel agradable divertimento que venía á redimirle de su triste y solitario hogar? Dudaba, sin embargo. Comprendía que aquel momento de debilidad podía ejercer en su porvenir un influjo decisivo. Ceder á la tentación era contribuir á su propio naufragio y hacerlo irremediable, puesto que él había buscado en el matrimonio,

no solo la felicidad, sino también el respeto de sí mismo, el sosiego y la dignidad de su vejez. Porque la ventura le faltaba, ¿debía renunciar á todo? ¿Dejaría que las pasiones de su juventud readquiriesen un poder tardío y le transfermasen en un esposo libertino, primero, y más tarde en un anciano libidinoso?...

Como siempre, María había salido aquella noche: estaba en un baile, con su madre, y por tanto no pudo encontrar á quienes quería entrañablemente, y cuyo honor le importaba tanto como el suyo propio: y allí fué, delante de su cuna, donde procuró hallar respuesta concluyente á sus vacilaciones.

Lionel acostumbraba, cuando la señora Rias no estaba en casa, á cruzar por su cuarto para llegar al de sus hijos. Atravesó, pues, las habitaciones de su mujer, y con gran sorpresa vió que ya había vuelto, probablemente desde hacía mucho tiempo, porque estaba acostada y dormida.

Dormía con la cabeza apoyada sobre un brazo. La imagen pálida y sensual de la actriz que había perseguido á Lionel hasta allí, desapareció instantáneamente ante aquella gentil cabeza, tranquila y pura como una flor. Se detuvo para contemplarla: su corazón se enterneció y sintió que le invadían oleadas de confianza y de amor. ¡No, todo no estaba perdido! ¡En aquella frente casta y en aquel seno que elevaba y deprimía levemente una respiración infantil, palpitan la pureza y la verdad!... ¿Por qué desesperar?... ¿Qué había entre ellos?... Nada... Nubecillas, malas inteligencias que una

frase, un momento de expansión, desvanecerían para siempre. Si él probase y la dijese...: «Escúcheme usted, querida mía; yo la amo y usted me corresponde... los dos somos buenos... tenemos la felicidad entre las manos y se nos escapa... ¡Ah!... ¿por qué!... busquemos juntos la causa!...»

Lionel avanzó algunos pasos y la joven despertó bruscamente y sus ojos, asombrados al pronto de encontrarse con los de su marido, tuvieron una expresión fugaz de inquietud y hasta de alarma: sus cejas se fruncieron ligeramente y se echó un poco atrás, en actitud de tímida defensa.

El señor Rias palideció; una frialdad rígida inmovilizó sus facciones y dijo sonriendo amargamente:

—¡Oh, no tema usted nada!... Iba á ver á mis hijos... Ignoraba que ya estuviese usted de vuelta, porque realmente es milagroso verla por aquí á estas horas... Y, permítame usted decirla, ya que la ocasión se presenta, que se prodiga usted mucho y que no está usted en casa ni de día, ni de noche... Es demasiado.

—Si usted no saliese tanto, repuso ella, sabría que diariamente me empleo en mis hijos hasta las tres, y que por las noches no salgo hasta después de haberles acostado. Cumplidos mis deberes me divierto como puedo... Voy á los lugares que frecuentan todas las señoras de mi rango... Usted es quien obra mal, yo no... Usted, que no quiere acompañarme, ni que vaya sola; ni tampoco, según parece, con mi madre. ¿Qué exige usted de mí? ¿Que sea un mueble de su casa... un mueble que

no sienta ni piense en nada, ni se mueva... y que siempre esté aquí, inerte y pasivo, para recrearle el menguado tiempo que me dedica?... ¡Si eso es lo que usted quiere, dígame!...

—No quiero nada, contestó Lionel con acento de frío desdén; adiós, María.

Y salió de la habitación.

Hubo en su despedida un eco tan grave y tan profundo, que la joven adivinó instantáneamente su suprema significación. ¡Estaban separados! María hizo un ademán desesperado y se incorporó á medias, queriendo llamar con un grito al que se iba y á quien había amado y amaba aún más que á nadie... Luego, acometida por una especie de dolorosa convulsión, hundió su cabeza entre las almohadas, sofocando contra ellas sus sollozos.



X

Habían pasado dos años. Desde comienzos de Julio la señora de Rias se estableció en Deauville para pasar el verano, con su madre y sus hijos. Vivía en la quinta de Los Rosales, cuyo jardín se abría sobre la terraza, entre el casino y las dunas arenosas de la playa. Muchas de sus amigas de París la acompañaban, especialmente las señoras de Chelles y de Estreny: la señora de Chelles, con quien la joven había reanudado desgraciadamente sus antiguas relaciones, estaba en Villers, y la duquesa en Houlgate. Las tres primas se visitaban asiduamente y formaban el núcleo de un círculo elegante y coquetón que rendía culto ferviente al buen humor. Algunos de sus compañeros de los bai-